

El Canto y la Gangrena

AGUSTÍN CADENA

Junto con Rubén Salazar Mallén, José Luis Ontiveros es el único escritor maldito que ha dado la literatura mexicana. Al decir escritor maldito no me refiero a aquel que recrea la decadencia para complacerse en ella y cuya vanidad se satisface en un inocuo “espantar al burgués”, como en su momento lo fueron José Juan Tablada y Efrén Rebolledo, por ejemplo, o como lo han sido recientemente los productores de “literatura basura”. Me refiero a otra clase de ser: al que se opone activa y articuladamente al sentido del decoro intelectual de su época, al dinamitador de las construcciones ideológicas sobre las cuales los círculos letrados organizan sus tertulias y reparten sus privilegios, al que es capaz de moverse con el mazo de Hércules de sus palabras en la casa de cristal de lo políticamente correcto.

Ciertamente, el escritor maldito no es un enfant terrible, sino una inteligencia lúcida que ha asumido como responsabilidad histórica la tarea de escribir a contracorriente. Es un rebelde de tiempo completo, un anarca en el sentido jüngeriano. Y es desde esta perspectiva como debe entenderse la obra de José Luis Ontiveros: una obra, como el autor mismo lo afirma, sostenida en un sentido de la exigencia y del deber absoluto; es decir, el deber que no está sujeto a los resultados de las acciones que demanda.

Gilles Lipovetsky, ese gran crítico de la conducta de masas en la época posindustrial, escribió: “Hemos pasa-

do de una civilización del deber a una cultura del bienestar subjetivo, de la recreación y el sexo: es la cultura del self-love la que nos rige”. En este estado de cosas, en esta extrema subjetivización general –moral subjetiva, derecho subjetivo, perversión subjetiva– los sistemas de regulación de la conducta interior se ven descoyuntados. El hombre se divide dentro de sí mismo, pierde su centro y por lo tanto su poder viril. La unidad solar de Tonatiuh se eclipsa en la fragmentación de Coyolxauhqui. Y cuando este estado de cosas se convierte en la idea social de lo deseable, sólo el escritor maldito puede sacudir la conciencia y ofrecerle un espejo en el cual pueda ver su propia carcoma.

Volviendo a Lipovetsky, durante el Siglo de las Luces el bienestar anhelaba imponerse como un ideal social; no obstante, tanto en la jerarquía de valores como en las normas sociales efectivas, se veía relegado a un segundo plano, sujeto al orden superior de los deberes de la abnegación de sí mismo. Este orden superior –el de la abnegación de sí mismo, el sacrificio y los valores que pueden llamarse originales desde el momento en que se apoyan en un para sí y en un deber incondicional– es lo que la cultura del self-love y del self-interest ha podrido. Naturalmente, el culto de la acción aparece estigmatizado como un resabio de barbarie, considerado peligroso y proscrito. Éste ha sido el destino de forajidos como Nietzsche, Céline, Kipling, Ezra Pound, Mishima, Jünger. Ésta fue la suerte de Rubén Salazar Mallén y ésta ha sido la de José Luis Ontiveros.

Ensayista, novelista, cuentista, poeta, periodista, crítico, ha desarrollado como muy pocos una obra orgánica, construida con base en una poética definida, inequívoca. La acción como contraparte mishimiana de la escritura, el culto del hombre extraordinario, el desprecio por la masa, el horror ante lo orgánico y amorfo en contraste con el mundo mineral de las formas puras e incorruptibles, el sentido del canto como lenguaje de la caballería, la dualidad de lo sagrado y lo profano, el valor

del símbolo: éstas son las herramientas con las cuales José Luis Ontiveros ha fraguado su escritura. Por eso hay poder en ella. Por eso participa de la plegaria, del himno.

El canto y la gangrena, primer poema de largo aliento de Ontiveros, se presenta como una síntesis apretadísima de los postulados que han venido conformando su poética. Se trata de una obra compleja: una alegoría apocalíptica de la confrontación final entre la sangre y el oro, entre el príncipe y el mercader.

Aunque está escrito en verso libre, los epígrafes tomados del Sagrado Corán y de Ezra Pound nos hacen comprender desde el principio su filiación con el poema religioso y la epopeya. Ciertamente, se encuentra dividido en cinco cantos, lo cual nos da otra clave: el cinco es el número asociado al planeta Marte. A lo largo de éstos, distintos tonos nos van llevando a la conclusión-invocación final. El poeta comienza con lamentaciones sobre la edad tenebrosa en la cual “Usura todo lo puede” y “ninguno escapa a su poder”. Energizada por su propio desgarramiento, la voz elegíaca se torna épica hacia la mitad del segundo canto, donde la evocación de las Guerras Púnicas matiza “la tristeza que cae en las tardes con su manto de sombra” con una nota de entusiasmo guerrero ante “el Irak que hoy vemos rebelarse”.

Finalmente, los últimos cantos se proponen como una homenaje a las nueve musas de la tradición helénica. Aquí es de notar que las musas no son meros elementos decorativos, como lo eran por ejemplo en la poesía modernista, sino que juegan un papel semejante al de Beatrice en la Divina Comedia. Ellas son la guía y el camino, la clave de la ascesis que el trovador caballeresco ha de seguir a fin de recuperar el poder luminoso de la escritura. Es por ello que el poema comienza con el dictamen de Il miglior fabbro: “Angosto es el camino hacia las musas”.

Ninguna época ha sido tan hostil como ésta al impulso heroico o prometéico. Al impulso poético. La acción como vía ha sido deslegitimada en aras del nuevo

orden de conciliación y hedonismo universales, y el poeta ya no es más que un proveedor de monerías verbales. El otro, el que escribe todavía para ganar el favor de las musas, el que es capaz de causar temor entre quienes oyen su canto en las plazas, queda como una última manifestación de lo luciferino en medio del mundo desacralizado. Es como si el fantasma de un antiguo aheda pregonase su epopeya por los pasillos de un shopping center. Nadie lo oye, nadie se detiene. Para los transeúntes no es más que un mendigo charlatán que quiere vender la felicidad cuando todos saben –lo han leído en libros comprados en restaurantes– que la felicidad consiste en sentirse complacido de sí mismo. Si alguien piensa que esto no es posible seguramente es un amargado, un elemento de disfunción en el maravilloso engranaje de la nueva sociedad consumista y globalizada.

Pero el poema ha sido dicho y el aheda sigue ahí, de pie. Y así seguirá cuando el poder de su canto comience a hacer caer los muros del mercado, y las bolsas repletas de mercancías se desprendan de las manos aterradas de sus dueños. ■



Cuauhtémoc Rodríguez